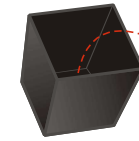


## EL IDEARIO Y EL TIEMPO. Maykel Linares.



La Caja de la china

# 3

*El artista es la pura antitesis del santo.  
El santo sacrifica su ego ante Dios;  
el artista se sacrifica a si mismo ante su ego.  
Franz Werfel*

–Pásame la otra jirafa –bip-bip desde el fondo, casi imperceptible.

–Que ligeras que son, nunca lo hubiera esperado –bip-bip-confundiéndose en los sonidos de un avión al despegar.

–Ahora Mr Kakapoo y pareja –esta vez el bip se hizo agudísimo.

–¿De dónde viene ese ruido?

La imagen de aquel raro paraje nublado, sus aviones, y su pista interminable comenzaron a irse hacia negro. El rostro barbudo del hombre en túnica, las jirafas, los loros y el viento frío fueron tragados en la oscuridad. El sonido del alarma, absorbió todo el espacio. A ciegas la mano tanteo la mesa de noches hasta dar con el dispositivo del reloj, a su paso tumbó papeles y un bolígrafo. De una vez cesó el ruido agresivo. Tardó unos segundos sentado al borde de la cama, como en espera de que sus ojos le devolviesen una clave. Inconscientemente caminó hasta el baño, inconscientemente evitó los objetos, procurando conservarle intacto el sueño a su esposa. Mientras a oscuras seleccionaba ropas del armario, la mujer murmuró:

–Puedes encender la luz, estoy despierta hace rato.

–¿Seguro? –preguntó Bazir quien sabia la respuesta de antemano.

–Que si –reafirmó la voz femenina. Un poco tarde quizás.

–El hombre terminó de vestirse y se despidió con un beso. El cuarto retomó entonces su negrura, las sombras absorbieron las formas. A la salida escuchó vagamente una frase que sonó ultratumba:

–Hoy llego a las nueve porque me toca limpiar las oficinas en la tarde –dijo ella sin asomar la cabeza que cubría bajo la almohada.

Afuera el cielo no era muy distinto al de su sueño. Típico cielo de Febrero británico, turbio, perezoso. «No sé si te admiro más de lo que te odio, o viceversa, Gran Bretaña de la morronga. Te regalo tu primavera si me devuelves mi invierno, aunque me tenga que pasar el año sudando. Hay muchas semejanzas entre el clima y tu primer ministro. En verano Izquierdista y en invierno de Extrema derecha», pensó bajo el paraguas apresurando los pasos. Acababa de dar comienzo un nuevo día. Acaba de reanudarse la tortuosa batalla mental entre lo real y lo posible. Entre el cuerpo y la imaginación.

Bazir González nació en Camajuaní, pequeño pueblo a las afueras de Santa Clara. Capital de la provincia de Villa Clara, donde descansan los restos del Che. O el resto de los restos. O la idea de los restos. O tal vez, los restos de la idea del Che. ¿Quién sabe? ¿Quién lo sabrá? A pesar que atravesaba la plaza un par de veces al mes en dirección de la autopista nacional, nunca se detuvo para entrar al mausoleo. Siempre encontró sospechosas las circunstancias en que aparecieron repentinamente los cuerpos de la guerrilla boliviana. Justo en un momento de crisis agravada. Entre los amigos de la beca le gustaba bonchear al respecto. «Yo estoy seguro que con otra crisis severa puede que hasta aparezca la avioneta extraviada.» Y pasaba su dedo en redondo, como por el borde del ala, de un sombrero imaginario. Su sentido del humor fue siempre sarcástico, como corresponde a un cubano. Con los años, prevaleció el sarcasmo. Estudió Historia del Arte, y a veces le gustaba pensar que algún día llegaría a escribir algo memorable como “El hacedor de lluvia” o el “Electrobardo de Trul”. Aún no podía pararse ni a kilómetros de ello, pero conservaba la esperanza. Otras, se deprimía pensando en qué triste y qué poco original era la idea de querer ser escritor.

Desde la puerta podían verse las cajas repletas de pan desbordarse una encima de la otra. El alumbrado público se reflejaba deforme en los cristales que rodeaban la tienda. Frente a la puerta mordió la punta del índice de su guante derecho y tiró, dejando la mano al desnudo. Rastreó sus bolsillos evadiendo las monedas y papeles hasta dar con la llave. El frío eternizó el tiempo que tardó en abrirse la tienda.

Dentro, movió las cajas cerca del mostrador y comenzó a distribuir los panes. Los sacaba de apretados cajones y los enfilaba por secciones en los estantes. Los de harina de trigo, los de centeno. Los de cereales y granos, los mixtos. Con semillas de girasol, con cebollas y papas, con tomates y hierbas aromáticas. Barras de pan co-

cidos en leche y mantequilla, panes secos, blandos. Los baguettes, se alistaban como soldados, parados en la cesta de mimbre. A las cabinas tibias iban los pasteles de queso, carne, vegetales.

Los dulces iban a las frescas: cake de zanahoria, pastel de manzana, de pera, de almendra. Bizcochos de anís, de chocolate, de azúcar. Rellenos con mermelada de fresas. Panetelas cubiertas en coco, en confituras, con capas de jaleas de frutas y merengue. En forma de osos, de palomas, de conejos.

Luego, con los panecillos preparaba variedades de sándwiches: Camarón en mayonesa y verduras. Atún aceitunas y ajíes. Queso y esas cebollas encurtidas en salsa agrídulce que los ingleses llaman por la marca, “Branston Pickle”. Salmón, crema y limón en finas rodajas. Bocaditos de “Pesto” y pechuga de pavo, de huevo, mozzarella y pimientos ahumados. Ensaladas estilo griego e italiano, con queso de cabras y queso de Parma.

Seguido recargaba los refrigeradores de bebidas, gaseosas de cola, naranja, piña, de jugos y extractos, agua natural, mineral, soda. Por último rellenaba la moledora de café y se hacía su primer capuchino.

Quince minutos antes de las ocho se sentó a saborear su café mirando los transeúntes dirigirse a todas direcciones y pensó:

—Esta noche sí que escribo algo. Llego a la casa, me baño, me alimento y me concentro en alguna idea. Sacando un pequeño librito de notas, dejó al azar devolverle una página. Leyó: “Guajiro analfabeto que es muy avisado y que por pura intuición comienza a describirle a un amigo el mundo desde la perspectiva de la teoría de la supercuerda, la mecánica cuántica y los universos paralelos. Todo con sus palabras y con sus ideas. Como en parábolas místicas, hablar figurado.” —apoyado en el mostrador añadió— Ojo, posible diálogo:

**1 “Imagínate que haigan otros mundos que estan pasando por aqui ahora mismo. Por alante de nojotros, por al lao, por**

**atrás. Pa allá; pa acá. Pero que no los vemos y ni el los nos ven a nojotro porque cada mundo esta echo de materiales que no se ven, ni pesan, ni se sienten en ninguno de los otros mundos con que se cruzan?**

## **2 la verdad que no te sigo Diomedies.(nombre en potencia)**

Puede preguntar el amigo para dar pie a otra zarta de descripciones del mismo orden. Decide que la conversación transcurriría a caballo mientras los hombres se dirigen a la vaqueria donde trabajaban de ordeñadores.

Vuelve a releer y acota. **“Pretencioso, prematuro”**.

### **Un Tren**

Puntual como cada mañana llegaba Rob. Un señor ya entrado en los sesenta que, aunque retirado, se encarga de limpiar ventanas y vidrieras a lo largo de North y High Street. Pensionado, con una esposa en cama y dos hijos mayores que ve raramente. Maneja un pequeño Corsa blanco, le gustan los dardos, pero evita el alcohol. Adora el asado de res los domingos, siempre y cuando no falte la Col de Bruselas. La memoria es su mejor arma, ya que disfruta mucho disertar sobre historia local. Saluda arreglándose la boina bolchevique.

—¿Qué tal joven?

—No muy mal, no muy mal —repite Bazir adaptado a la manía inglesa de mantenerse al margen de todo. Respuesta formal a pregunta retórica.

—¿Un café negro? —ofrece de seguido.

—¿Quién puede resistirse? —responde el hombre.

Así se desarrolla habitualmente el ritual hasta que el señor rompe a contar la historia de Surrey. Algún evento o periodo, algún personaje o sitio de culto.

—¿Has oído hablar del cementerio de Brookwood? —pregunta el viejo como preparando el terreno para la clase. Sus manos, abrazan la

taza de café caliente.

—No —responde el joven, siempre en busca de datos y de anécdotas que despierten su imaginación.

—Bien. Resulta que en la primera mitad del siglo diecinueve la población de Londres se duplicó súbitamente. En 1801 andaba aún por debajo del millón, ya para 1851 llegaba a dos millones y un cuarto. Pero los vivos no era el asunto de gravedad. El problema eran los muertos. La cantidad horrible de cadáveres que se acumulaban en los cementerios y las fosas comunes. Las tumbas eran violadas, profanadas, rehusadas. Caos. Caos absoluto. Los sarcófagos volvían al mercado de segunda mano. Huesos humanos, y digo toneladas, eran utilizados para abonar cultivos.

De pronto un cliente interrumpe; el hombre calla:

—Un té por favor. Con leche. Automáticamente Bazir prepara la orden y entabla uno de esos diálogos vacíos que sostiene con toda esa gente que ve a diario, pero que nunca llegara a conocer. Palabras que son fonética absoluta. Que no tienen significado. Los temas pueden variar. Esta vez es el clima.

—Deprime esta lluvia —dice mientras añade el agua caliente.

—Terrible —subraya el recién llegado— y según escuché en las noticias, se mantendrá así al menos por una semana.

—Para qué quejarnos si estamos adaptados —sugiere el limpiador de ventanas— pasamos por esto todos los años.

Mientras paga su té el hombre se despide, justificando su urgencia con la puntualidad al trabajo. Amablemente de las gracias. Rob continúa:

—Pero las cosas se complicaron mucho más y una epidemia de cólera azotó la capital entre 1848 y 49. El olor a podredumbre y humedad se regó por todos lados. Más de 14,000 muertos —acentuó abriendo los ojos— El gobierno decidió buscar un lugar alejado de la ciudad para almacenar los cadáveres. Después de discusiones sobre dónde y cómo, optaron por Woking. Los cuerpos eran enviados por tren y se determinó una línea para el ferrocarril de la Necrópolis de

Brookwood. Diariamente los coches fúnebres se dirigían al sur para deshacerse de la tristeza de la ciudad. Al llegar a su destino los vagones eran arrastrados hasta el camposanto por grandes y vistosos caballos negros. El cementerio se inauguró en 1854 y está a pocos kilómetros de acá. Deberías visitarlo.

–Suena muy interesante –advierte, desde su delantal azul, el dependiente.

–¿Has sabido algo de la familia en Cuba? –pregunta el señor para relajar los datos.

–Todo tranquilo, pero siempre al tanto de la enfermedad de mi suegra.

–Por supuesto.

Un auto verde se detuvo en el semáforo y luego dobló a la derecha. Rob lo siguió con mirada impetuosa:

–Tengo que irme, ya pasó el maldito de Thom y no quiero que se me adelante con las ventanas del “Burger King”.

–Nos vemos mañana.

–Adiós.

Otros clientes llegaron.

–Dos capuchinos para llevar por favor.

–¿Chocolate por encima?

–Si

–Un pastel de carne por favor.

–Una libra y veinte centavos.

–Gracias

–Cuatro croissants

–Tres libras y setenta centavos por favor.

Bazir mira las caras y piensa que en todas partes del mundo hay personalidades que se repiten, no importa la cultura o la ideología, se repiten los gestos y las expresiones en la mirada. No se repiten las voces pero se repite el tono, el volumen. No se repiten los cabe-

llos pero los cortes y los colores. No las ropas pero si las formas de vestir. En su teoría los rasgos exteriores definen la personalidad, si se leen cuidadosamente puede que se llegue a una idea general en el comportamiento de los sujetos. Un ejemplo se le ocurre:

**«Aquella señora tiene el pelo gris como Teresa la presidenta del CDR del barrio donde crecí y a la vez tiene un pelado muy parecido a mi primera profesora de Biología. Eso puede indicar que tiene una personalidad organizativa y que le gustan los animales y las plantas.»** De esta forma pasa los días quien una vez quiso ser escritor. Escribiendo constantemente en el olvido. Analizando y fabulando, ofreciendo y cobrando servicios, sirviendo bebidas, imaginando, revisando temperaturas en hornos y refrigeradores, soñando continuamente con otros destinos.

### ***La ingeniería genética***

En un momento de paz que le dieron los clientes volvió a apuntar en su libretica de notas:

**“Buscar información sobre “The Brookwood Necropolis Railway” en internet. Ojo escribir cuento humorístico sobre maquinista del tren fúnebre que, víctima de su propia locura, se convierte en asesino en serie. Obsesión, estrés laboral. El hombre estrangula a sus víctimas con pelos de rabo de caballo. En las escenas de sus crímenes deja notas escritas con carbón de hulla. “Pensar en un final.”(aun por los “pelos”, sin consistencia)... dejo plasmado antes de levantar la mirada.**

Un rostro conocido entró risueño. El Jose, a quien todos en la comunidad hispana de Guildford llaman el “J”, es un gallego que hace como diez años vive en Inglaterra. Aunque odia sordamente a los brits, los americanos y el capitalismo, nunca ha ido más allá de la crítica. Es devoto total a El Deportivo de la Coruña, usa lentes

de contacto y jamás ha salido de Europa. Por siete años trabajó de cocinero en distintos restaurantes; desde hace tres vive del paro y se dedica a hacer música tecno gracias al odiado sistema que paga sus gastos “básicos”. Su segunda fuente de ingresos es el hachís. Esta vez la conversación transcurre en español.

–¿Qué pasa chaval?

–Lo de siempre, bien poco.

–Ponme un expresillo para despertarme que hoy me he pasado con los porros.

–Yo no entiendo ¿cómo tú puedes fumar tan temprano man?

–A todo se adapta el cuerpo camarada.

–¿Espero al menos que no sea Skunk?

–¿Cómo te atreves a juzgarme tan superficialmente?

Una pareja que hablaba sobre vacaciones en los Alpes dio gracias al unísono y salieron dejando tazas y platos vacíos sobre una mesa. Bazir se apuró a recogerlos. El “J” bebe un sorbo y hace un gesto de aprobación con la cabeza.

–Como iba diciendo chavalillo, si vas a fumar, como todo en esta vida, tienes que ser intenso. El producto marroquí es sólo para negocios. Ese es vicio de adolescentes y hippies retirados –su boca se deformó levemente– Lo mío es lo orgánico. Lo verde, las flores, los cristales. Yo soy fiel a mis causas. ¿Crees que después de tanto trabajo abnegado por parte de la comunidad científica internacional perfeccionando la planta de la ilusión, yo voy a ponerme a fumar jaboncito árabe? Me subestimas cubano. Me subestimas.

–Se más claro.

–Mira, el Skunk es el resultado de todos esos años de investigación y trabajo en la historia de la ingeniería genética. Sativa-Dominat, le llaman, como a un ser superior. Nada se le compara. La yerba normal llega a tener entre 2 y 8 % de THC, que es lo que te pone. La Mofeta, puede pasar de los 18 o los 20. Duplica la creatividad. Te pone en un estado divino. Ya mí me mola ponerme para hacer música.

–Yo me deprimó si le doy mucho.

–Bueno, tu caso es distinto y yo te entiendo. Dime, ¿a qué edad te fumaste el primero?

–Como a los dieciocho o diecinueve. En Cuba era difícil hallarlo, era caro y lo que se encontraba no podría clasificarse de buena calidad. En mis tiempos, muchas veces éramos seis o siete para un solo porro –se trató de justificar como si se tratara de algo embarazoso.

–A eso me refiero. En Galicia el hachís es más fácil de conseguir que la comida vegetariana. Mi primera vez fue a los trece y desde ese día no he parado. Costumbre camarada, preparación física. Tú sabes, entrenamiento.

Ambos esbozaron sonrisas. La puerta se abrió nuevamente y una muchacha de facciones orientales entró empujando un cochecito. Frente a la cabina de los dulces preguntó a la niña que deseaba. La diminuta manito señaló a los bizcochos de almendra.

–Uno de esos, y para mí un vaso de agua caliente.

–Síntese si lo prefiere –sugirió el muchacho– en unos minutos estoy con usted.

Volviéndose al Jota, que miraba fijamente al fondo de la taza, comentó:

–¿Sabes que en mi país a cualquier español, no importa de qué región de España provenga, le llaman gallego?

–¿Cierto? Eso prueba que somos la cultura dominante en la península ibérica.

–Pero...además tienen fama de brutos –agregó para provocarle.

–Eso es relativo. Es verdad que no somos obstinados como los catalanes o los vascos pero de que sabemos montarnos la fiesta. ¡Sabemos! Nosotros disfrutamos la vida como Dios manda –argumentó poniendo fin al café, sin tomarse muy en serio el comentario– Algún día te llevaré por allá para que veas qué paraíso de lugar.

–¡Hablarme a mí de paraísos!

Antes de marcharse se hizo una coleta en el pelo, abrió el paraguas y desde el umbral sentenció:

–Yo prometo que te llevo y que te doy cuarto y comida, si te lees en

mi lengua, "Sempre en Galiza" del Alfonso Costelao.

—¿Y eso para qué?

—Para que nos entiendas y nos conozcas.

—Trato hecho.

—¡Hasta siempre comandante!

—¡Hasta la victoria siempre!

Y se despidieron.

Faltaba bien poco para esa hora, en que todo el que trabaja en el centro del pueblo, sale a buscar almuerzo. La cafetería suele tornarse un sitio extremadamente ocupado. Gentes en traje van poblando a poco las aceras. Miran las vidrieras, piensan, comparan precios. Salen de bancos, de boutiques, de compañías de seguros, de supermercados. De norte a sur, de norte a norte. Al este del sur y al oeste. Suben escaleras, cruzan calles. Todos parecen llevar, grabadas en la cara, las marcas de la guerra contra el tiempo. Con sombrillas negras, rojas, a cuadros. Trucando el valioso presente por migajas del futuro. Con maletas, bolsas plásticas, portafolios y ordenadores portátiles. Desesperados y ansiosos de que llegue esa gran oportunidad que están todos esperando. Que por el resto de sus vidas, la mayoría seguirá positivamente esperando.

En vista del flujo que pronto llenaría el lugar, Bazir anotó en su IDEARIO :

**“Pensar en personajes laterales. Personajes pequeños que reporten credibilidad en las ficciones. Tratar de dejar detrás la manía de escribir solo una trama. (Entramar) Ojo. Soportar las cosas desde el fondo como si los cuentos fueran edificios y como si el escritor fuese un arquitecto. Describir. “Recopilar conversaciones reales”.**

**“Hablar de Marihuana en algún cuento...”**

Lo pensó un par de veces y luego tachó la última oración escrita. En

mayúsculas y apretando fuertemente el bolígrafo deletreó:

**-C H E O---S N O B-**

Como un aliciente o como un mecanismo de defensa se consoló una vez más con la idea de escribir artículos. Así podría ejercitar y calentar los dedos. Para mucha gente funciona. Mira qué bien le ha ido a Mosquera desde que se despojó de la ficción. Tal vez Leonor, que hacía poco había comenzado en el cuerpo editorial de Cuba Por Escrito podía corregir sus textos, y darle consejos que le ayudaran a encaminarse. Ojeó su cuadernillo y se detuvo a leer:

**“El hombre que fue jueves es una novela de ficción total. Los personajes del libro aunque se mueven en Londres no se dejan sentir como personas reales; por sus venas, en lugar de sangre corren consonantes, vocales, signos de puntuación. Existe entre ellos y lo verídico un abismo decorado con conceptos y abstracciones. Viven en un espacio magistralmente construido para dejar que el absurdo fluya y no se sienta extraño. Son producto de la imaginación y sólo en ella existen. Es una comedia macabra en donde todo es pura potencia. Es producto de un trabalenguas de la razón que niega todo lo que afirma. Círculos, espirales que Chesterton inventó para difuminar dentro de la novela detectivesca el insípido sabor a escepticismo que acarrea siempre la filosofía. Como en los nocturnos de Turner, las escenas y las caras se pierden en la niebla londinense, en sus mascararas. Sólo que a diferencia del pintor, que disimulaba el daño que los años de polución le habían hecho a su amada ciudad, el escritor se burla abiertamente de una sociedad que patina ideológicamente en los retruécanos de la erudición. Gilbert Chesterton logró un libro sobre la anarquía del pensamiento y la decepción, sobre la nada, y por supuesto, sobre todo.”**

### ***¿Cómo se dice?***

Afuera la lluvia se mantenía fina y constante. Dentro, una fila de personas bordeaba el mostrador esperando su turno. Bazir se movía rápido tomando y sirviendo órdenes. Al tiempo que la cafetera colaba, despachaba barras de pan o entregaba platos con repostería. Haciendo el máximo de cada segundo y de cada movimiento. Concentrado en no repetir acciones o ademanes para tardar lo menos posible. El señor Pattel penetró por la puerta lateral sacudiendo gotas de lluvia de su sobretodo. Saludó cordialmente. Acto seguido se incorporó detrás del mostrador y por pura formalidad achacó su tardanza al acostumbrado papeleo en la oficina central. El joven fingió escucharle y asintió como si en realidad el jefe se estuviera disculpando y como si el empleado estuviese realmente perdonándole. Raros son los trucos de la educación, tanto, que a veces dan asco. Hacia un par de generaciones que la familia Pattel había dejado la India para establecerse en Kenya, donde el abuelo fundó su primera panadería y donde el propietario del establecimiento en el que Bazir trabaja aprendió el arte de hornear panes y dulces. El hombre guarda el recuerdo del olor a pan fresco en las mañanas y la cálida atmósfera en que solía desayunar junto a la abuela, lo menciona siempre que tiene la oportunidad, hasta el punto que la memoria de esos días de infancia, ha perdido todo significado. Fue suya la idea de combinar tienda y cafetería en una pequeña cadena de establecimientos, para según, como él mismo define, “transmitir la experiencia”, que es al parecer, en lo que consiste el mundo de los negocios. Años más tarde, “amasando” una pequeña fortuna, dejaron el África para establecerse en Inglaterra. Mr Pattel, a pesar de que habla el inglés sin errores, su acento revela abiertamente sus raíces. Esto debió adquirirlo a través de sus mayores ya que el jamás ha estado en la India.

Hora y media más tarde el local llega a vaciarse. Todos han vuelto a sus respectivas ocupaciones, el joven interroga al dueño sobre el asunto de sus vacaciones y su salario.

–Aún no hemos acordado el.... ¿Cómo se dice?

–¿Por ciento? –le ayudó a terminar Bazir.

–Exacto. El por ciento. Aún no hemos acordado si podremos pagarte el 60 o el 80% de tu salario mínimo en el tiempo que tomes tus vacaciones.

–¿Y...para cuando piensa usted que se sabrá?

–Oh, bueno, eso realmente depende del departamento de... ¿Cómo se dice?

–¿Finanzas?

–Eso, finanzas. Todo está en dependencia de la velocidad con que la situación económica actual de la compañía se resuelva. Porque, de momento, la tienda no está produciendo ganancias. De hecho, estamos en deudas con la renta...

–¿Quiere usted decir que para salir de vacaciones tengo que esperar a que la compañía se recupere?

–No exactamente. Las otras dos tiendas están ayudando a ésta a superar las dificultades y entre todos estamos tratando de hallar soluciones. Porque, que yo sea el propietario no significa que yo sea el único interesado. El éxito de una empresa está en el trabajo de equipo. El trabajo duro. Mira mi ejemplo, en las mañanas en la oficina, en reuniones, al mediodía, cuando todos almuerzan, acá, y en las tardes de vuelta a otros asuntos. El éxito depende de la perseverancia.

–Yo hago todo lo que está en mis manos señor, pero sería muy útil si alguien más trabajara en este lugar.

–Para eso también hay que esperar...

–Yo pienso que a veces perdemos clientes porque el público tiene tiempo limitado. Y muchas opciones para escoger.

–Lo sé. Pero la situación es delicada en estos momentos. No hay suficiente.... ¿Cómo se dice?

Bazir se resistió al juego en esta ocasión.

–¿Cómo se dice? –reiteró el hombrecillo de traje gris sin mayor resultado. Por último encontró por sí mismo final a la idea– Presupuesto.

Suficiente presupuesto.

«El tema es mejor dejarlo», pensó Bazir que permanecía callado. Prefirió no arruinar el día. Le esperaba una noche literaria, donde todo lo banal y lo efímero justifica su existencia, en ese acto sagrado. Ese acto donde la rutina queda sorda y ciega. Donde conversaciones sobre salarios y empresas se borran profundamente para que la vida recobre el balance. Otro tipo de éxito. Otro tipo de perseverancia. Porque aún queda algo de belleza en lo utópico, en el afán de hacer cosas que no son ni útiles, ni prácticas. ¿Qué sería del paisaje, si el árbol no tuviera entre sus ramas, ese parásito que es la orquídea?

El Señor, rompiendo los minutos de silencio hizo comentarios sobre sus hijos. El mayor se encontraba en América participando en un concurso internacional de matemáticas. El más chico mostraba mucho interés por el piano y parecía aventajado en sus clases privadas. Sin cambiar la mirada del reloj menciono nuevamente la oficina central. Desde la cafetería se le voy alejarse en dirección al parqueo, abotonándose el sobretodo negro.

A eso de las tres de la tarde su teléfono vibró un par de veces. En un mensaje su esposa escribió:

**Espero que estes pasando un buen día. No olvides comprarme la tarjeta que quiero llamar a mi mamá esta noche. La gente de Croydon trajo langosta. Encargo un poco?  
Besote de tu loquita la Sara.**

Sarahi se mudó a Matanzas siendo apenas una niña. A su padre, el Teniente coronel Ramón Deltoro, lo habían asignado a la unidad militar “La paloma”. Musicología fue la carrera que estudio la muchacha en el Instituto Superior de Arte, su instrumento preferido es el

clarinete. La pareja se conoció en una de las fiestas de la Fundación Ludwig; apenas graduados se casaron. Ambos tenían muchos deseos de dejar la Isla. Odiaban el sol. Les desesperaba el transporte público y los servicios. Detestaban que los vecinos se gritaran recados desde los balcones. Las calles las encontraban sucias y la gente en general les parecía ignorante. Hoy, todo esto es precisamente lo que más extrañan. Echan de menos el derecho a quejarse con potestad sobre lo que les pertenece. A la muchacha se le ocurrió la idea de montar un grupo de música tradicional, con amigos de la universidad. Él, sin mucho talento en el área, aprendió a tocar las maracas y se dedicó a las letras de las canciones. El grupo duró hasta la primera gira, que fue alrededor de las islas británicas. Con el tiempo, concluyeron que haberse quedado en contra de las leyes migratorias no fue la más sabia de las ideas.

La tarde transcurrió rápido. Nada relevante aparte de otro apunte que fue a parar al IDEARIO:

**“Pensar en ensayo sobre Banksy y la historia del grafiti. Anagrama en sus imágenes de ratas. Rat-Art. El grafiti como forma moderna de la pintura rupestre. Efecto social.”**

A las cinco cerró las puertas. Contó el dinero del día y lo dejó junto a las planillas de las ventas en la caja de seguridad. Todo lo que quedó en los estantes y las cabinas terminó en bolsas negras. En la madrugada el encargado de traer el pan fresco se ocuparía de recoger el del día anterior. De vuelta en la panadería las bolsas serían enviadas a una granja de cerdos.

### ***Vanishing point***

Ya en casa cenó mirando distraído el periódico. Hubo de limpiarse un par de veces las manos para recortar unas noticias. La primera



narraba un accidente de tráfico. Un recién contratado conductor de autobuses escolares había subestimado la altura del autobús y a toda velocidad estrelló el techo contra uno de esos magros puentes londinenses. En la foto, el carro lucía como una lata de sardinas recién abierta. Nadie resultó herido.

La segunda fue un obituario que realmente le conmovió: “El escritor de origen cubano Guillermo Cabrera Infante acababa de morir, de septicemia (tóxica infección de la sangre), en la ciudad de Londres. Su extensa carrera incluía la redacción de artículos de cine para la revista Carteles, de la que más tarde es editor en jefe. Cumple sentencia en cárceles batistianas por su abierta oposición al régimen. Fundador de la revista Lunes de revolución. Entre sus libros más importantes se encuentra “Tres Tristes Tigres” en el que intentó hacer con el español cubano, lo que Mark Twain hizo con el inglés americano, recopilar la extensa variedad de coloquialismos en la isla caribeña. En 1997 recibe el Premio Cervantes. Escribió además algunos guiones para cine, el más relevante, tal vez sea “Vanishing Point”. Según cuentan quienes le conocieron, en los últimos tiempos, Guillermo Caín (seudónimo del escritor) padecía de delirios y solía hablar un raro idioma hecho entre retazos de inglés y español mezclados.”

Recopilar noticias era una técnica que Bazir había copiado de Almodóvar. Al guardarlas en el libro de notas, sus dedos dejaron marcas de grasa sobre el papel. En la mesa descansaban cuentas de gas y teléfono, las miró de reojo pero luego las apartó. Una nota de la Land lady pedía permiso para chequear las alarmas de fuego el próximo lunes.

Llevando consigo un café subió hasta el ordenador, estuvo más de media hora mirando una página en blanco. Quería aprovechar la noche y se sentía bajo presión por ello. Él y sólo él eran su torturador y su víctima. ¿Qué pasaría si durante todo este tiempo lo de ser escritor había sido sólo autoengaño? ¿Delirio de grandeza de un ego que se piensa mucho más de lo que realmente es? La pantalla

seguía vacía.

Ojeó su cuaderno de notas y seleccionó un apunte que hablaba de contar la historia del descubrimiento del fósforo por el alquimista alemán Henning Brand, quien a finales del siglo diecisiete, quiso destilar oro del orina humano, poniéndolo a fermentar por meses en su desván. Lo del fósforo fue pura casualidad, pero pronto se convirtió en valioso objeto de mercado. Muy caro además debido a los rudimentarios métodos de fabricación.

Sin darle muchas vueltas tecleó:

**“El olor del oro”.**

El cursor se detuvo después del punto. Los dedos suspendidos en el aire se movieron como patas de araña. Borró lo escrito. «Olor, Oro, no lucen bien juntos. De nuevo.»

**“Los hedores del oro”**

Visualmente le pareció más satisfactorio, pero aún no estaba convencido. Demasiado dramático. En su cabeza cambiaba el orden de las palabras una y otra vez. Saltaba de sinónimos en sinónimos, de frases en frases.

**“El aroma del oro”**

**“Esencia de oro”**

**“Cenizas del oro”**

**“¡La repinguilla del oro!”**

El sonido de la llave en la cerradura le anunció que Sara estaba en el umbral. Creyó que ella aparecía como de costumbre para salvarle, se sintió aliviado. La mujer entró como un rayo y cuando él, intentó besarla, se esquivó diciendo:

–Sale que me orino –una sonrisa se insinuó en el rostro de Bazir.

–Me cago en el singao meao.

–¿Qué? –preguntó ella, desabrochándose el jeans desde la puerta del baño, sus piernas cruzaban constantemente.

–Nada, no me hagas caso.

Aún se escucha el agua rellenar el tanque del váter cuando ella regresa y mira a la computadora.

–¿En blanco de nuevo?  
–Bloqueado.  
–Bueno que no se caiga ese ánimo que tú tienes talento. Las cosas hay que dejarlas fluir, no hay que forzarlas. Lo que te falta es tiempo y oficio. Dale unos añitos y mantente intentándolo.  
–Gracias. ¿Y a ti como te fue hoy?  
–Muchacho si te cuento lo que pasó te vas a caer pa tra.  
–Habla.  
–¿Te acuerdas de la dueña de la joyería a quien le limpio la casa?  
–Si  
–Bueno, hoy me dejaron sola por la mañana y me puse a chismear en los cuartos. ¡Tremenda colección de porno que tiene escondida en el armario!  
–¿Verdad?  
–Y yo creo que tiene algunas cosas que no parecen legales.  
–¿Qué quieres decir?  
–Tú sabes. Niñitos menores. ¡Y bien menores!  
–Mierda.  
–La muy zorra es una perversa.  
–Tú anda con cuidado con tus chismes que aquí donde quiera hay una cámara.  
–Está bien. ¿Me trajiste la tarjeta de teléfono? –preguntó Sarahi para desviar la atención.  
–La dejé en la mesa de noche.  
–Verdad que tú eres mi angelonzón.  
–En lo que hablas te voy a poner la pizza en el horno.  
–Si mi santo. ¿Y la literatura?.  
–Más tarde, ahora no me sale.  
El muchacho bajo las escaleras hasta la cocina. Ella repitió sus pasos veinte minutos después y fue directamente hasta sus brazos. Dejó que la cabeza descansara en el pecho de su pareja y ya no

pudo contener las lágrimas.  
–Vamos loquita no te pongas así.  
La respuesta fue un sollozo.  
–¿Hablaste con ella?  
–No, ella y papi estaban para el hospital. Hable con Ramoncito.  
–¿Y?  
–Ay coño, que le encontraron cáncer en el otro seno –el sollozo se convirtió en llanto.  
–Vamos nene, no te desmorones, que aquí la fuerte eres tú.  
–Tengo miedo.  
–Se positiva. Recuerda que todo el mundo tiene una segunda oportunidad.  
–¿Pero cómo?  
–Con otra operación. Y con todo el cariño ese que tú le mandas estando fuerte y segura.  
–Es que ya no estoy segura, ni fuerte. Yo quiero verla y besarla. Decirle todo lo que la quiero cojone. Todo lo que nunca le dije cuando estábamos juntas porque me pensé que iba a durar para siempre. Ya no sé que estoy haciendo en este lugar. ¿Por qué? ¿Quién les da el derecho a decidir sobre nuestras vidas? Ya ni recuerdo por qué nos quedamos.  
–Siéntate que tengo una idea.  
Ella obedeció sin poner resistencia. De rodillas frente a la silla él levantó suavemente su rostro y lo limpió con los dedos.  
–Mira mañana mismo yo le doy un timbrazo al Phill, el chofer de la panadería, que se ha ofrecido mil veces para lo que yo necesite. Le voy a pedir que nos haga una carta de invitación para tu mamá. De momento vamos tramitando los papeles y, desde que se opere y se sienta en condiciones la montamos en el avión y para acá. ¿Te imaginas? La sacamos a pasear por ahí. La montamos en el London Eye. La llevamos a ver el Buckingham Palace. La metemos en el

ballet a ver a Carlos Acosta.

–Y tú crees que ese hombre nos ayude –la mirada le brillo espontáneamente.

–Que sí. El es un buen tipo. Y lo único que tiene que hacer es llenar un papel.

–Y la visa.

–¿Quién le va a negar la visa a un enfermo?

La muchacha se puso de pie.

–Y la llevamos a Seven Sisters.

–Donde tú quieras. Y donde ella quiera.

Para celebrar abrieron una botella de vino y mientras bebían inventaban un mundo perfecto. Dando por sentado todos sus planes. Abriendo puertas y ventanas en todas partes. Enmendando la realidad y poniendo parches de felicidad en cualquier hoyo negro. Regando sueños por el piso. Por las paredes. Encontraron fotos de familiares y amigos, de fiestas, de la universidad, de la boda. Recordaron caras que casi habían olvidado, detalles que nunca antes notaron. Rieron a carcajadas de sus ropas fuera de moda. De los cortes de pelo y de las expresiones. Se burlaron, entre otras cosas, del dolor.

Eran cerca de las doce cuando se hicieron desenfadadamente el amor. Desnudos y exhaustos quedaron abrazados bajo las sábanas.

–Otro día más sin escribir –dijo ella.

–Bueno. Las cosas hay que dejarlas fluir, ¿no?

–Es verdad.

–Sabes, anoche tuve un sueño loquísimo.

–Cuéntame

–Lo que recuerdo es que estaba en un aeropuerto o algo así. Ayudando a un tipo que yo creo que era Noe.

–¿Noe?

–El del arca. Estábamos llenando aviones de parejas animales.

–¿Pero aviones? Los barcos se salvan en los diluvios, no los aviones.

–No, pero la cosa es que los íbamos a trasladar a una estación orbital.

–De la NASA seguro –se burló ella– ¿Y por fin eran aviones o naves espaciales?

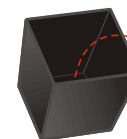
–Bueno ¿y yo que sé? Un sueño no se explica. A un sueño se le descarga.

Ella meditó un instante:

–Pensándolo bien deberías escribirlo. Quizás le puedas sacar algo a la ciencia ficción religiosa. El diluvio es un Tsunami gigantesco porque los polos se derriten con el calentamiento global. Y dios puede ser el signo de infinito que vibra como un arpa dando órdenes desde los cielos. Noe puede ser un ecologista y en lugar de salvar a todos los animales, salva muestras de ADN de todas las especies. ¿No crees?

En un bostezo, el respondió:

–Si loquita, pero mañana. Dejemos eso para mañana.



La Caja de la china

3